

DEMENCIA: Viviendo con los Olvidos

Por Mariela Toro

Sobrevivo en un limbo mental. El tiempo se me va observando y escuchando como llora el doctor, quien empieza a dejar el fluido de su inteligencia con sus primeros olvidos. Anoche se acostó pensando si se habría tomado la pastilla rosada, que es para dormir, o la azul, para la tiroides, por la mañana. Con mi particular calma le dije que, si tenía la duda, se tomara otra rosada, que no pasaba nada... pero él, como siempre, que no. Nos acostamos. A la 2 de la mañana me levanté al baño, lo sentí con un gemidito.

- ¿Qué te pasó? le pregunté, y él entre su lloriqueo murmuró:
- Es que no me he podido dormir y estoy muy nervioso, porque sí me tomé la pastillita azul...

Volvió a gemir. Con la paciencia de una mamá con su niño más insoportable, le repliqué:

- tranquilo mi amor, que no pasa nada porque te hayas tomado la pastillita azul; mañana, te tomas una de 50 mg y listo, no te descuadras y tomate ya la rosadita

Y por supuesto, como siempre, “que no” ... porque seguía con la duda y el lamento instalado ahí. Enojada exclamé: ¡qué hartazgo, no llore más! Desde mañana, le sigo suministrando todas las pastillitas para evitar estas angustias tan complicadas a medianoche. Se calmó exclamando: me tranquilizaste mucho. E inmediatamente se durmió o se hizo el dormido.

Es otro día de estos mismos, inseguros por sus angustias, y es así como lo llevo a todas partes. Después de tanto andar por el mercado, llegamos y se acostó a descansar, eran las cinco y media de la tarde. Fui a organizar la nevera y hacer comida y ahí apareció con los ojos desorbitados preguntando qué hora era... le respondí:

- Van a ser las siete de la tarde.

Hizo un gesto de disgusto mientras yo lo miraba.

- ¿Qué pasa?, le pregunté.
- Es que me dormí, no sé si está de noche, porque yo estaba durmiendo.
- ¿Qué... y por eso vas a llorar?
- Es que me asusté, aseguró casi llorando y no sabía si era muy temprano o muy tarde... si era de día o de noche, con vos nerviosa, reclamaba molesto.

Otro de estos tantos días aciagos, asistí a una cita de control, lo dejé con Carmen, que me apoya. Ese día vino una fulana a visitar al doctor, quien la invitó a almorzar. Ella le pidió un aperitivo, de esos coctelitos que él le hacía...tan ricos y que a ella le encantaban, un Manhattan. Él se lo preparó con lujo de detalles, incluida la cerecita. Él me lo contó muy coherentemente.

Otro día, cercano a ese, le pregunté' al doctor que a quién invitábamos para celebrar sus 90 años. Con prontitud me contestó:

- A la que vive en... ¿cómo es que se llama? una que vino en estos días.
- ¿A fulana?
- Sí, a esa.

Le comento que, como su cumpleaños cae un domingo, seguramente la fulana vendría con el novio, ¿no importa?

—Sí, no importa. Ella llamó en estos días para ver si venía con el novio, porque el día que estuvo aquí... que me pidió un traguito, fuimos al clóset donde están los licores y yo le dije que, como yo ya no tomaba, que se llevara lo que quisiera, entonces cogió una botella de... no me acuerdo qué... y en estos días que me llamó me dijo que si podía venir con el novio por los otros licores... pero yo le dije que no y le di una disculpa.

—¡Ay!... cómo, ¿así que porque vos no tomas ella se puede llevar todo lo que quiera?
¡Qué es eso!

Pues doctor le informó que todos esos licores eran míos.

—Cómo se te ocurre regalar esos licores tan finos, como cordiales, ginebra, vodka, ron de dominicana y de Cuba, y ese Remy Martin, el coñac más fino del mundo, tequila, pisco, güiski, vinos.

Aterrado me miraba como si yo fuera extraterrestre y nunca en mi vida me hubiera tomado un trago.

—Carmen, el día que vino fulana y el doctor le regaló una botella de licor, ¿te diste cuenta cuál le regaló?

—Sí señora, se llevó una botella de güiski y una de vodka.

Así que muy sigilosamente saqué todos los licores de ese clóset y los guardé bajo llave. Si viene la fulana, pensando que se va a llevar lo que quisiera, como le dijo el doctor, pues van a encontrar el clóset lleno de lencería y, si me preguntan qué se hizo el licor, contestaré bien oronda, ya me los tomé. A los pocos días, llamó la fulana, escuche* que el doctor hablaba y alegaba. Al rato apareció y me dijo que era fulana, que él le había comentado sobre los licores y que yo había dicho que esos licores eran míos... y parece que la fulana

se enfureció y le dijo que ella los devolvería y que él le dijo que dejara de ser grosera y agregó...que él creía que ella no iba a volver a llamar, ni a volver...y que mejor y... que ojalá.

El día que cumplió 90 años, su joven nieto le pidió al abuelo que le mostrara sus famosas armas. Al abuelo, que no captaba de qué le estaban hablando, por fin lo aterrizaron y fue con muy buena disposición a mostrar sus escopetas, pistolas y revólver, más miles de balas, y le contó historias. El nieto estuvo muy feliz escuchando sus crónicas de cazador, mientras evaluaba el arsenal. El abuelo, observando su interés, le propuso:

—Si quieres te las llevas, te las regalo.

—¡Cómo así, abuelo! El nieto gritó brincando. Gracias abuelo gracias. No cabía en sí de la felicidad, estaba más contento que la fulana cuando recibió los licores.

Cuando salieron de la habitación, me enteré del regalo, pero como el abuelo ha sufrido toda la vida de una fuerte y aguda indecisión y el nieto estaba en la negociación de llevárselas de una vez, se creó una tira y afloje... que no, que espérate a ver... que mejor otro día...

—Entonces, ¿cuándo puedo venir y a qué hora?

—Pues, yo no sé.

Mientras me miraba en busca de una respuesta adecuada, yo acoté que nosotros estábamos presentables y disponibles todos los días después de las 9 de la mañana. El nieto estaba muy atento e inquieto pensando por qué desayunábamos y dormíamos hasta tan tarde, con unas ganas de llevarse su regalo de una vez... y el doctor, con tantas dudas. Al otro día a las ocho y media de la mañana estaba llamando para saber si podía venir y usar el parqueadero y que llegaría con un amigo aficionado a las armas, cuya abuela había sido campeona de tiro en no sé qué club, que tenían finca y polígono y contactos para permisos. El abuelo se interesó y a las nueve en punto estaba el nieto tocando la puerta. Cuando lo vi solo, le pregunté por su amigo y me contestó que lo estaba esperando abajo, en el parqueadero.

—Llámallo, tu abuelo lo quiere conocer.

Se quedaron escuchando sus mismas historias acerca de sus viajes por todo el mundo y crónicas como la del viejo loco, hasta que el abuelo no tuvo más tema. La entrega de las armas fue cálida, con la atención que él doctor requiere para cualquier asunto, con el concierto El Emperador (No. 5) de Beethoven como música de fondo, para hacer más solemne ese momento y sus famosas armas quedaron con quién correspondía.

Otro día, con el tiempo detenido, el doctor amaneció lento, pesado, necio. Fuimos por unos medicamentos. Se empezó a quejar de un dolor en la espalda, como si tuviera lumbago. Lo sentía inseguro, preguntándome para donde íbamos. Por fin llegamos. La señorita que me atendió puso mil problemas por una fórmula para la que tendría yo que ir hasta no sé dónde... cómo... cuándo... por... qué... a llenar no sé cuántos formularios. Así me empezó la incomodidad y le dije:

—Vea niña, estoy con un señor que tiene 90 años, demencia senil, no da paso, estoy cansada y no voy a hacer nada de lo que usted me está diciendo. Mejor pido una cita, espero el tiempo que sea y cualquier médico me resuelve ese asunto tan tonto en un dos por tres y no creo que me tenga que recorrer toda la ciudad para conseguir otra vez la misma fórmula, que le están dando hace 2 años.

—Si señora, pase aquella taquilla, que ahí la atienden, como usted dice.

Conseguí cita para las 2.40 de la tarde; ahora eran las 11.30. Regresé donde el doctor, que estaba sentado con los ojos cerrados, y le comenté lo que estaba pasando. No entendió.

—Vamos a almorzar y regresamos.

Ahí si entendió, pero opinó con mucho pesimismo que no nos daba tiempo. El doctor regresaba a lo que le encantaba, es decir, la dificultad, los obstáculos, nada que se pueda resolver. Vamos, expresé tajante, pero ya, que si nos da tiempo.

Entró a la consulta que no daba paso. La doctora lo atendió muy bien. Él aprovechó la cita para contarle que había estado por todo el mundo y todos los demás cuentos. Ella, con cara de asombro, lo escucho con mucha atención, admiración, hasta la crónica del viejo loco. Lo examinó, le miró lo del tal lumbago y terminamos la consulta con muchas risas. Él salió caminando muy derecho y en el ascensor me dijo que ya no le estaba doliendo. Pasé a buscar el medicamento para que se tomara una pastillita y, como siempre, dijo que no. Cuando llegamos, se acostó como media hora y se levantó divinamente. A cada momento comentaba que qué tal si se hubiera tomado la pastillita, que ya no tenía nada, y sin pastilla. Yo suspiro, en medio de mi desconcierto y cansancio.

Qué angustia verlo sentado con los ojos cerrados todo el día. No lee, no ve televisión. Pasa de desencantos a desencuentros. Programé cita urgente y terapia con un neurólogo. Parches, otra pastillita, el programa incluye mándalas que colorea divinamente; desayunar, almorzar y cenar con música, la que a él más le guste: las canciones francesas que canta aún, la música clásica que dirige con la mano, y mucha ópera, todos los tenores y barítonos. Cada vez que uno canta, pregunta de dónde es. Yo le digo que es español,

pero al día siguiente me vuelve a preguntar lo mismo y le doy nacionalidad colombiana, alemana o italiana. Ante cualquier canción que vuelve a escuchar día a día, dice que hacía mucho tiempo no la escuchaba. Mis mentiras no le afectan su terapia. Su gran ego no se alteró con el desgaste cognitivo, así que paso de vez en cuando a admirarle su labor con las hermosas y bien coloreadas mándalas.

Aprovechando la pérdida de la memoria del doctor hice muchas mejoras en la casa de la playa. El garaje taller lo convertí en un apartamento estudio. Él sabe, o por lo menos le cuento, todos mis planes, pero no entiende de qué se tratan. Afortunadamente dice que todo lo que yo haga está bien. Seguro que si vamos no se dará cuenta de los cambios. Conseguí un maestro y su compañera que me han trabajado en otras oportunidades y les di carta abierta. Evito el tejemaneje de la tumbada, el cemento y la pintura. Soy alérgica a todo eso. Mientras el doctor colorea mándalas muy entretenido... yo del timbo al tambo con lo de la casa del mar. Una prima me ayuda y ya botó lo que no sirve del taller del doctor. Los clavos oxidados, más 23 años de basura, porque algún día "podría servir" y que guardaba como un tesoro. Como él está cada vez más y más desmemoriado, yo creo que ya se pueden botar, era la orden diaria. Programé un viaje para recibir el trabajo de la casa, y fui con el doctor.

Y para completar mi asombro, el doctor está recuperando la memoria. Cuál no sería mi sorpresa cuando empezó a mirar la casa y a preguntar, ¿qué paso aquí? Miles de qué... con interrogaciones... y yo contestándole que ese asunto lo habíamos hablado antes y lo hicimos de acuerdo. No me acuerdo, aseguraba. Estando allí, jugamos juegos de mesa con mi hermana y un amigo, su habilidad para ganarnos nos sorprendió. En la cita con el neurólogo le comenté del susto que se llevó el doctor cuando llegó a la casa reformada y reconoció los cambios y también de su destreza con los juegos.

Otro día de esos me aseguró que lo único que él tenía en su vida era a mí. En una franca conmoción, tapándose la cara, con gemido incluido, aseguró que tenía muchos amigos y amigas, pero que a la única persona que él quería, adoraba y no sé cuántos otros verbos... era yo.

—Si de verdad tienes muchos amigos y amigas... ¿dónde están, ¿qué se hicieron?

—No sé, respondió.

Busqué su agenda y le dije que íbamos a revisar la lista de todos sus amigos, mientras le buscaba el concierto para violín y orquesta de Beethoven. Manifestó que esa libretica él no la conocía, que era primera vez que la veía. Empezó a leer los personajes que en ella anotados: fulano de tal... ¿vos sabes quién es?... preguntaba si lo conocía y

por los apodos que merecieron, le contestaba, ese es el conejo; otro nombre, ese es el sapo, esa es la condesa, y él a casi todos decía no me acuerdo. Llego a la fulana, entonces dijo:

—¿Fulana, fulana (repitiendo su nombre)? Me suena ... ¿esa no fue la que enviudó hace poquito?

Le recordé que era a la que le iba a regalar los licores, que tenía el apodo de Sófocles, que le encantaban los Manhattan que él le preparaba, con cerecita incluida, pero llegó otro no me acuerdo. Y siguió a otra fulana... me suena, ¿la conoces? Sí, es una loca que debe estar en el manicomio porque no ha vuelto a llamar ni a venir.

— Pero ¿quién es?

— Fue la novia de zutano. Te llamaba mucho para contarte sus romances y para que vos la aconsejaras.

Ni así se acordó. De la lista se acordó con emoción.

— Sí, sí, ese es el ecuatoriano, ¿verdad?...

—¿Y a Quique?

—Sí, él vivía en Caracas; creo que ya se murió.

No se acordó de uno de sus mejores compañeros con los que compartió toda su carrera y cuatro años de trabajo. De otros dos colegas muy queridos, ni mostrándole fotos. Cansado del esfuerzo por muy pocos rostros o nombres conocidos, terminamos con ese ayer de sus desmesuradas locuras.

Otro día de tantos iguales o distintos, llegó la psicóloga que vivió en la casa de la playa a invitarnos a una obra de teatro que presentaban cerca del apartamento. Después de explicarle, tanto ella como yo, que la obra era de un dramaturgo, que eran unos estudiantes que iban a representar dicha obra, dijo que sí y nos fuimos. El doctor, después de tantas explicaciones, estaba convencido de que a él lo estaban invitando... para oírlo y verlo, a él. Se puso una chaqueta muy bonita, la cachucha de la Universidad y nos fuimos con gran expectativa a esperar con mucha gente en un gran corredor. De repente salió un joven muy bien disfrazado y gritó:

— Señores y señoras, pueden pasar. Primero miraremos la expo que hicimos y la hechura de las máscaras y después entraremos al recinto donde se verá la obra.

Entonces empieza el doctor,

— ¿Qué es esto?

Le explico de nuevo, pero él dice,

— No veo a nadie conocido ni a alguien que me conozca.

Miraba en busca de un rostro familiar. Por fin llegamos al salón que estaba a media luz. Los actores estaban por todo el salón haciendo morisquetas, como integrando al público a la obra, que se llamaba la *Feria de las vanidades*. Nos sentarnos en la última fila, al pie de la puerta por donde nos ingresaron, temiendo lo que se venía. El doctor no entendía nada de nada, preguntaba de nuevo que estábamos haciendo ahí y tuve que explicarle por centésima vez lo de la obra de teatro, las máscaras y los actores. Al prenderse las luces, se escuchó un sonido de tambores... todos los actores en el centro del escenario... y el doctor clavó la cabeza, cerró los ojos y se aisló por completo. Yo, muy tranquila, empecé a disfrutar de la obra, a seguirle el hilo. A los 10 minutos me tocó el brazo, lo miré, y me dijo vámonos. Y salimos. Afuera me comentó:

— Yo pensé que era un asunto para mí. Y ¿porque fue que me invitaron... y qué fue esa gritería?... ¡qué horror!

Y yo, callada hasta que llegamos...esas dos cuabras y la cantaleta, además del impacto del programa, lo agotaron. Quedé con su triste agitación.

Otro año, otro cumpleaños, sus 91, y otro día del padre, los dos muy cerca. Sus hijos acertaron a celebrarlo el mismo día. Se llevaron al doctor y lo regresaron a las 7.30 de la tarde. Lo recibí con todos sus paquetes de colores, mándalas y pijamas. Le pregunté quiénes habían estado y me contestó que la que lo trajo, dos niñitos y dos adolescentes, y me preguntó que cómo era que se llamaba la mujer del hijo.

Al doctor se le olvidó escribir. Hoy tenía que firmar un papel sobre su supervivencia. Lo puse a firmar dos hojas, hasta que por fin estampó su enredada firma en el papel. Me preguntó si habíamos desayunado, si habíamos almorzado. Tiene trastorno del sueño, dormita todo el día por ahí sentado; en la noche se levanta, va a la oficina, prende luces, regresa, se acuesta, se levanta, se sienta... deja luces prendidas; es la misma función todas las noches.

Otro día de estos mismos, fue el más nefasto, por estar de gracioso, haciendo payasadas, bailándole a un amigo de mi hermana que llegó para un asunto muy puntual. Perdió el equilibrio, al suelo se fue y se fracturó el brazo derecho. Le pusieron una cánula que se quitó esa misma noche, vomitó, se descompensó y lo tuve que llevar otra vez para que lo volvieran a inmovilizar; sigue con el sueño alterado. Toda la noche molestando

porque está muy cansado acostado. Divaga, no se le entiende nada. Carmen se quedó interna, ayuda, le tiene que dar la comida, bañarlo, vestirlo. Sigue durmiendo de día, alucina, no se le entiende nada. La hija del doctor estuvo el domingo y él no se dio cuenta. Se fue aterrada de verlo así, muy confuso sin entender que está fracturado y, por ello, inmovilizado. Quiere seguir la rutina de siempre, no es consciente de su situación. En la noche se quitó el yeso, otra vez. Alucina, desvaría, hay que adivinarle y ponerle las palabras en la boca, pide obsesivamente una pastillita que se tiene que tomar antes del desayuno: empieza a las 12 de la medianoche y luego a las 2, a las 3, a las 4 y a las 5 de la madrugada. Se la doy a las 6 de la mañana. No sabe si cuando está cenando o almorzando está tomando el desayuno. Le cambiaron el yeso por uno menos pesado. Dio mucho trabajo llevarlo y traerlo, estaba muy pesado. Estamos pendientes de que en el día no duerma, para que llegue a la noche cansado. El temor que tiene es a la oscuridad, al silencio, a estar acostado, a la muerte. Su hija lo vino a ver el domingo, lo vio tan mal que la hija le comentó a su hermano, que apareció después de 3 meses de haberlo visto el día del padre. Llegó con una nieta y estuvieron de dos a tres de la tarde. El doctor falleció al otro día a las 5.40 de la tarde.

Fue fulminante, mientras disfrutábamos la música de Peer Gynt, suite 1 opus 463, del compositor Edvard Grieg. Yo esperaba su deceso con fortaleza. Como somos ateos, personalmente manifesté que no se hiciera ninguna ceremonia, pero los hijos insistieron en que ellos la harían y me sentí obligada a ir. Fue sobria, divina la música y el ritual pasó sin emociones ni lágrimas.

Sentí una liberación importante. Lo imagino disfrutando la sinfonía de las esferas hacia otra dimensión, en su último periplo inolvidable de paz.

El doctor disfrutó su eterna juventud hasta que cumplió 90 años y su sentido del humor permanece en todos los que lo conocimos, al igual que su histrionismo y su personalidad vanguardista. Descansamos los dos en paz. Misión cumplida. En Jericó, tierra de hombres ilustres, deje sus cenizas debajo de un roble. Ofrecí a su familia su egoteca. Su nieto se llevó todo lo bélico como el kukri (cuchillo nepalí), las espadas, dagas, navajas, los estuches de las armas, billetes, monedas y los binoculares. A su hijo le di el reloj de pared antiguo que había pertenecido a su familia. Le manifesté que lo imaginaba en esas vivencias de niño junto a su padre y que con el recuerdo del tic tac de ese reloj, en su hogar, le daría ese confort que dan los sonidos familiares.

MI SILENCIO

Ahora estoy en mi silencio de mar, todos los días son domingos de ocio y hay tanto que hacer en el mundo de afuera. Ya pasaron cuatro lunas, un eclipse que me eclipsó. Veo de lejos el barrio, las vecinas, la calle y, así, poco a poco, me voy ambientando otra vez a la magia de este lugar.

Mis cosas siempre simples sin importancia, nada que contar, son un reencuentro de muchas cosas que es mejor que se queden quietas en el rincón de las memorias perdidas, con todos los locos que me importunaron, locos buenos, pero locos por mí.

Mi historia no cabe aquí, me fui para todas partes y el futuro era un tiempo en blanco, de aquí para allá, aquí, ahí... y más allá. Dichosa, ¡ya no existe!

Que nada trascienda, que lo más me incomode menos. Todo lo que aprendí me ayudó a pasar al otro lado del miedo. Vivo conmigo misma alcanzando mi silencio. Oír ver y sentir las olas del mar es el mejor de los monasterios, bien acomodada en la barriga de mi hamaca rosada, que me regala su arrullo, junto al otro arrullo del mar.